



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—PERSIA: Ojeada general sobre la Mision, 241.—COREA: Tranquilidad general: persecucion en un distrito; feliz desenlace, 243.—El cardenal Lavigerie y el P. Catá en África, 244.—CRÓNICA: Inglaterra, Filipópolis, China, Fernando Poo, Noticias varias, 247.—VIAJE EN EL DESIERTO DE LA BAJA-TERRAIDA: XVI, Recepcion en San Pablo; XV, La gruta de San Pablo; XVI, El convento de San Pablo; XVII, Conferencia religiosa; XVIII, El desierto; XIX, último, El

regreso, 250.—Objeto del tercer Concilio plenario de Baltimore, 256.—Miscelánea, 260.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 18 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Iglesia de Santa Ana en Leulumöega (Arhipiélago de los Navegantes, 241.—Retrato del Hmo. Guillermo Ketteler, obispo de Maguncia, 249.—Retrato del Rdo. Francisco Libois, procurador de las Misiones en Roma, 253.—Retrato del Hmo. Juan Bessieux, vicario apostólico de Dos Guineas, 257.

Lo es el relato que hace el Sr. Menéndez Pelayo en su obra los *Heterodoxos españoles* de las horribles escenas que tuvieron lugar cuando el asesinato de los frailes, del que es quincuagésimo aniversario en esta ciudad el 25 del presente mes:

Tormentosa y preñada de amagos fué la noche del 16. Por las cercanías de los Estudios de San Isidro oíase cantar á un ciego, al son de la guitarra:

¡Muera Cristo,
Viva Luzbel,
Muera Don Carlos,
Viva Isabel!

Amaneció al fin aquel horrible jueves, 17 de julio, día de vergonzosa recordación, más que otro alguno de nuestra historia. Las doce serían cuando cayó la primera víctima, acusada de envenenar las fuentes. Otro infeliz, perseguido por igual pretexto, buscó refugio en el Colegio imperial, y en pos de él penetraron los asesinos, al dar las tres de la tarde. Lo que aquí pasó no cabe en la lengua humana, y la pluma se resiste á transcribirlo. En la portería del Colegio Imperial, en la calle de Toledo, en la de Barrio Nuevo, en la de los Estudios, en la plaza de San Millán, cayeron, á poder de sablazos y de tiros, hasta diez y seis jesuitas (1), cuyos cuerpos acibillados de heridas, fueron arrastrados luego con horrenda algazara, y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad, hirviendo á poco rato los sesos de alguno en las tabernas de la calle de la Concepción Jerónima. Uno de los asesinados era el P. Artigas, el mejor, ó más bien, el único arabista que entonces había en España, maestro de Estévez Calderón y de otros.

Los restantes jesuitas, hasta el número de sesenta, se hallaban congregados en la capilla doméstica, haciendo últimas prevenciones de conciencia para la muerte, cuando, sable en mano penetró en aquel recinto el jefe de los sicarios, quien á trueque de salvar á uno de ellos (2), que generosamente persistía en seguir la suerte de los otros, consintió en dejarlos vivos á todos, ordenando al grueso de los suyos que se retirasen, y dejando jente armada en custodia de las puertas.

Eran ya las cinco de la tarde, y el capitán general, como quien despierta de un pesado letargo, comenzaba á poner sobre las armas la tropa y la Milicia urbana. ¡Celeridad admirable después de dos horas de matanza! Y ni aun ese tardío recurso sirvió para cosa alguna, puesto que los asesinos, dando por concluida la faena de los Reales Estudios, se encaminaron al convento de dominicos de Santo Tomás, en la calle de Atocha, y allanando las puertas, traspasaron á los religiosos que estaban en coro, ó les dieron caza por todos los rincones del convento, cebando en los cadáveres su sed antropofágica. Entonces se cumplió al pie de la letra lo que del Corpus de Sangre de Barcelona escribió Melo: «Muchos, después de muertos, fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror, que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías; la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver), le sacaban los ojos, cortábanle la lengua y las narices, luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servía como de fácil pelota; tal hubo que tocando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno (3).»

(1) La lista más exacta y completa que de ellos se ha publicado es la siguiente, que tomo del apéndice al *Tratado del modo de gobierno que nuestro santo P. Ignacio tenía, escrito por el P. Rivadeneira* (Madrid 2 de Julio de 1878, imp. de E. Aguado): P. Casto Fernández, P. Juan Artigas, P. José Fernández, P. Francisco Sanz (Presbíteros), José Elola, José Urreta (Diaconos), Domingo Barrau, José Garnier, José Sancho, Pedro Demont (Subdiáconos), Fermín Barba, Martín Buxons, Manuel Ortalaza, Juan Ruedas, Vicente Gonzaga (Miaoristas). Convalecieron de las heridas el P. Celedonio Unáñue, y los hermanos estudiantes Sabas Trapiella y Francisco Sanz, y el coadjutor Julian Acosta.

(2) El P. Muñoz, hermano del futuro Duque de Rianzares.

(3) Todo, aun los más crudos y salvajes pormenores, cuya realista descripción no temió el grande historiador portugués, fueron renovados al

Mujeres desgrednadas, semejantes á las calceteras de Robespierre ó á las furias de la guillotina, seguían los pasos de la turba forajida, para abatirse, como los cuervos, sobre la presa. Al asesinato sucedió el robo, que las tropas, llegadas á tal sazón, y apostadas en el claustro, presenciaron con beatífica impasibilidad. Sólo tres heridos sobrevivieron á aquel estrago.

De allí pasaron las turbas al convento de la Merced Calzada (plaza del Progreso, donde hoy se levanta la estatua de Mendizábal). Allí rindieron el alma ocho religiosos y un donado, quedando heridos otros seis.

Ni siquiera las nieblas de la noche pusieron término á aquella orgía de canibales. Seis horas habían transcurrido desde la carnicería de San Isidro, cuando los religiosos de San Francisco el Grande, descansando en las repetidas protestas de seguridad que les hicieron los jefes de un batallón de la Princesa, acuartelado en sus claustros, ponían fin á su parca cena é iban á entregarse al reposo de la noche, cuando de pronto sonaron voces y alaridos espantables, tocó á rebato la campana de la comunidad, cayeron por tierra las puertas, é inundó los claustros la desaforada turba, tintas las manos en la reciente sangre de Dominicos, Jesuitas y Mercenarios. Hasta cincuenta mártires, según el cálculo más probable, dió la Orden de S. Francisco en aquel día. Unos perecieron en las mismas sillas del coro, cuya madera conserva aún las huellas de los sables. Otros fueron cazados, como bestias fieras, en los tejados, en los sótanos y hasta en las cloacas. A otros el ábside del presbiterio les sirvió de asilo. Y alguien hubo que con pujante brío se abrió paso entre los malhechores, y logró salvar la vida arrojándose por las tapias ó huyendo á campo traviesa, hasta parar en Alcalá ó en Toledo (1). Los soldados permanecieron inmóviles ó ayudaron á los asesinos á buscar y arrematar á los frailes y á robar los sagrados vasos. ¡Ocho horas de matanza regular y ordenada, y por un puñado de hombres, casi los mismos en cuatro conventos distintos! ¿Qué hacía entre tanto el capitán general? ¿En qué pensaba el gobierno? A eso de las seis de la tarde se presentó San Martín en el Colegio Imperial, habló con los Jesuitas supervivientes y les increpó en términos descompuestos por lo del envenenamiento de las aguas (2). En cuanto al gobierno de Martínez de la Rosa, se contentó con hacer aborcar á un músico del batallón de la Princesa, que había robado un cáliz en San Francisco el Grande. Con todo, el clamoreo de la opinión fué tal, que hubo, *pro formula*, de procesarse á San Martín, separado ya de la Capitanía General (3). Aquí paró todo y huelgan los comentarios cuando los hechos hablan á voces. Hundido en aquella sangrienta charca el prestigio del gobierno moderado; la anarquía levantó triunfante é indómita su cabeza por todos los ámbitos de la Península. En Zaragoza, una especie de *partida de la Porra*, dirigida por un tal *Chorizo*, de la parroquia de San Pablo, y por el organista de la Victoria, fraile apóstata que acaudillaba á los degolladores de sus hermanos, obligó á la Audiencia en el motín de 25 de marzo de 1835, á firmar el asesinato jurídico de seis realistas presos, y tomándose luego la venganza por más compendiosos procedimientos, asaltó é incendió los conventos en 5 de julio, degolló á buena parte de sus moradores y al catedrático de la Universidad, Fr. Faustino Garrobo-

pié de la letra en la persona del P. Carantoña (dominico), del P. Fernández (jesuita) y de otros.

(1) Uno de los que tal hicieron era aragonés, de Siete Villas. Oyó de sus labios esta relación el doctor Lafuente.

(2) Así lo afirma el doctor Lafuente tomo II, pág. 47) y Martínez de la Rosa en su *Papel vindicatorio*.

(3) Martínez de la Rosa quiere explicar de este modo la inutilidad de aquellos procesos: «Por todos los ministerios, y especialmente por el de Gracia y Justicia, se dieron las órdenes más severas para castigar el atentado, debiendo los jueces dar parte al gobierno cada dos horas de lo que fuere resultando.... El ministro de Estado hizo más; excediéndose de sus facultades llamó frecuentemente á los jueces, los estrechó, disputó con ellos acerca de abreviar las causas, etc.... Reconviniendo Martínez de la Rosa á los jueces, contestaban éstos, y con razón, que no podían condenar sin pruebas, que no había testigos, que éstos no querían declarar por miedo, y que los mismos frailes, al carearlos con los asesinos decían que no les conocían, por temor que los matasen.»

San Martín imprimió una vindicación, que no he podido haber á las manos aunque lo he procurado mucho.

rea, arrojó de la ciudad al Arzobispo, y entronizó por largos días en la ciudad del Ebro el imperio del garrote. En Murcia fueron asesinados tres frailes y heridos diez y ocho, y saqueado el palacio episcopal, á los gritos de ¡Muera el Obispo! En 22 de julio ardieron los conventos Franciscanos y Carmelitas descalzos de Reus, con muerte de muchos de sus habitantes. De Tarragona fué expulsado el Arzobispo, y cerradas con tiempo todas las casas religiosas. Pero nada llegó á los horrores del pronunciamiento de Barcelona en 25 de Julio de 1835, comenzando al salir de la plaza de toros, como es de rigor en nuestras algarradas. Una noche bastó para que ardiesen, sin quedar piedra sobre piedra, los conventos de Carmelitas calzados y descalzos, de Dominicos, de Trinitarios, de Agustinos calzados y de Mínimos. Cuanto no pereció al furor de las llamas, fué robado; los templos, profanados y saqueados; los religiosos pasados á hierro; sus archivos y bibliotecas, aventados ó dispersos (1). Una muchedumbre, ébria, descamisada y jamás vista hasta aquel día en tumultos españoles, el populacho ateo y embrutecido que el utilitarismo industrial educa á sus pechos, se ensayaba aquella noche quemando los conventos, para quemar en su día las fábricas. Hoy es, y aun se erizan los cabellos de los que presenciaron aquellas escenas de la Rambla y vieron á las Euménides revolucionarias arrancar y picar los ojos de los frailes moribundos, y desnudar sus cadáveres, y repartirse sus harapos, mientras que la tea, el puñal y la segur despejaban el campo para los nuevos ideales.

No conviene, por un muelle y femenino sentimentalismo, apartar la vista de aquellas abominaciones, que se quiere hacer olvidar á todo trance. Más enseñanza hay en ellas que en muchos tratados de filosofía, y todo detalle es aquí fuente de verdad y clave de enseñanza histórica. Aquel espontoso *pecado de sangre* (protestante es quien lo ha dicho), debe pesar más que todos los crímenes españoles en la balanza de la divina justicia, cuando, después de pasado medio siglo, aun continúa derramando sobre nosotros la copa de sus iras. Y es que, si la justicia humana dejó inultas aquellas víctimas, su sangre abrió un abismo invadible, negro y profundo como el infierno, entre la España vieja y la nueva, entre las víctimas y los verdugos; y no sólo salpicó la frente de los viles instrumentos que ejecutaron aquella hazaña, semejantes á los que toda demagogia recluta en las cuadras de los presidios, sino que subió más alta, y se grabó como perpétuo é indeleble estigma en la frente de todos los partidos liberales, desde los más exaltados á los más moderados; de los unos, porque armaron el brazo de los sicarios; de los otros, porque consintieron ó ampararon ó no castigaron el estrago, ó porque le reprobaron tibiamente, ó porque se aprovecharon de los despojos. Y desde entonces la guerra civil creció en intensidad, y fué guerra de tribus salvajes lanzadas al campo en las primitivas edades de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de degüellos y represalias feroces, que duró siete años, que ha levantado después la cabeza otras dos veces, y quizá no la postre, y no ciertamente por interés dinástico, ni por interés fuerista, ni siquiera por amor muy declarado y fervoroso á este ó al otro sistema político, sino por algo más hondo que todo eso, por la instintiva reacción del sentimiento católico, brutalmente escarnecido, y por la generosa repugnancia á mezclarse con la turba en que se infamaron los degolladores de los frailes y los jueces de los degolladores, los robadores y los incendiarios de las iglesias, y los vendedores y los compradores de sus bienes. ¡Deplorable estado de fuerza á que fatalmente llegan los pueblos cuando pervierten el camino, y presa de malvados y de sofistas, ahogan en sangre y vociferaciones del clamor de la

(1) Aun de libros impresos se perdieron entonces ó pasaron al extranjero inestimables joyas. De Santa Catalina de Barcelona era el rarísimo ejemplar de las *Comedias Seiva y Metamorfosis*, de Joaquín Romero de Capeda, que hoy posee la Biblioteca Nacional de París. Un amigo nuestro, diligente bibliófilo, ya difunto, salvó con patriótico anhelo, de igual ó más lastimoso destino, un maravilloso tomo que contenía el *Cancionero de Fernandez Constantina* (de que apenas hay en el mundo ejemplar completo), encuadrado con varias farsas de Hernán López de Yanguas, y con *Las Trescientas del Castillo de la Fama*, del licenciado Guerrero. Por el mismo estilo pudieran citarse innumerables casos.

justicial! Entonces es cuando se abre el pozo del abismo, y sale de él el humo que oscurece el sol y las langostas que asolan la tierra (1).

RECUERDOS DE LA NIÑEZ.

Me parece que era ayer, y de esto han pasado ya cuarenta y nueve años. Y es que los recuerdos de nuestra primera edad quedan tan grabados que parece que han sucedido el día anterior.

Era un día de julio y el Padre ministro de los Trinitarios descalzos, acompañado de otro religioso, cuyo nombre no recuerdo, vino á casa, y encerrándose con mi papá (Q. E. E. G.) habló largo rato con él.

Al salir, mi buen padre parecía preocupado y el Padre ministro muy tranquilo, pareciéndome oír aún la frase que en lengua castellana, que era la que hablaba toda la Comunidad por ser casi todos castellanos ó aragoneses, dijo al despedirse:

Créalo V., D. Pablo, más seguros estamos nosotros en nuestros conventos, que Vds. en sus casas.

El Padre Ministro se despidió de mi familia, y aún me parece que siento en mi rostro aquella mano que, al besársela, puso en mi mejilla, diciéndome:

—A Dios, Paco.

Era aquel buen religioso un verdadero santo, y como tal, era amable y cortés por demás. Desde aquel momento no le volví á ver; pero le conocería entre mil si viviese; pues aun tengo en mi mente impresa aquella cara en la cual se veía retratada la belleza de su alma, y aquella figura majestuosa, cubierta con el hábito blanco y capa negra de los Trinitarios descalzos, resaltando en su escapulario la cruz encarnada y azul.

De sobremesa, papá dijo á mi abuela materna:

—Lo que yo siento, mamá, es que estos buenos señores viven muy confiados y les pasará lo que en Madrid y Zaragoza. Ellos no hablan con las personas que uno se ve precisado á tratar, y tendrán un triste fin; me lo temo.

—En San José y en San Agustín dicen lo mismo, contestó mi abuela, y todos creen que al primer toque de campana, si reciben insulto alguno, acudirá la fuerza armada y dispersará los grupos; pues así lo han prometido altas autoridades.

—Pues yo no estaría tranquilo, contestó mi padre, y se lo he dicho al Padre Ministro, ofreciéndole mi casa, mi persona y cuanto puedo y valgo.

—Bien hecho, contestó mi abuela; pero no creo te haya aceptado la oferta, pues para mí viven engañados.

Llegó la hora de ir al colegio y en él uno de mis condiscipulos me dijo:

—¿No sabes, Paco, que quieren quemar los conventos?

Yo lo repetí en casa cuando volví, y mi hermano Timoteo también; pero como niños que éramos no nos acordamos más de ello. Llegó el 25 de julio y supimos que se hacía una corrida de toros.

La pintura que me hacían mis padres de tan bárbara función, me quitaba las ganas de verla, y creía, con razón, que los que toman parte en ella cometían un pecado mortal; así es que al caer de la tarde estábamos en la acera de nuestra casa pairal del Llano de la Boquería, jugando con mi hermano y un primo mio de alguna más edad que nosotros, cuando oímos gritos y vimos gente que corría, lo cual nos asustó, y mucho más al ver que se cerraban las puertas de las casas vecinas y las de la nuestra también. Era la primera asonada ó bullanga que veíamos y nos llenaba de asombro y curiosidad.

—¡Mueran los frailes! gritaban los que corrían, y llevaban un

(1) Al hablar de los degüellos monásticos de 1834 y 35, no puede omitirse la mención, aunque sea de pasada, del libro *pío y melancólico* que conserva su recuerdo, libro que si estuviera tan bien escrito como está hondamente sentido, sería de los buenos de nuestra moderna literatura: las *Ruinas de mi convento*, novela del mallorquín D. Fernando Patxot, disfrazado con el nombre de Ortiz de la Vega.

toro muerto atado con una soga, arrastrándolo sangriento por la Rambla.

Mi papá y mi abuela estaban llenos de ansiedad. Mi mamá estaba en San José, en donde hacia su novena á Nuestra Señora del Cármen.

¡Ay! fué la última persona que oró en aquel templo.

Se mandó á un dependiente de casa á la iglesia y volvió mi buena madre que habia quedado sola orando ante la Virgen María. Cuando salió, un fraile cerró el verjado, pero un instante despues ya una turba de sicarios arrojaba contra las puertas del convento botellas incendiarias.

Entonces se oyó la campana de San José que pedia socorro, pero nadie compareció, y los pobres religiosos fugitivos se acogian en algunas casas, entre otras la de una tia mia que habitaba en la Rambla, frente al convento, y desde allí vieron cómo el fuego hizo presa de su santa casa. La campana tocó en balde. Nadie acudió.

El populacho soez puso fuego al convento é hizo de las suyas, y ¡cruel sarcasmo! despues de consumada la obra se presentó un piquete de caballeria en el lugar de la ocurrencia, diciéndose de público que los que hacian despejar á la plebe decian: «Este ya está quemado, ahora á otro.»

Poco despues se oia la campana de los Trinitarios y más tarde la de San Agustín, y veíanse por la parte de la Ribera elevarse las llamas del convento de Santa Catalina, en cuya esbelta torre de atrevida y puntiaguda aguja, única en nuestra ciudad, se echaban á vuelo las campanas; pero lo mismo que en San José, los Trinitarios y San Agustín, nadie acudió en auxilio y hubo escenas de terror, asesinatos y robos dignos sólo de los bárbaros, cometidos á ciencia y paciencia de quien con una descarga con pólvora sola podia evitarlos.

Aun me parece que veo la Rambla á las doce de la noche, iluminada con las llamas de los conventos que ardian y aquellos asesinos con la tea incendiaria en sus manos. Todos iban vestidos con pantalon blanco y en mangas de camisa; traje que era casi disfraz, porque los asesinos é incendiarios eran cobardes y temian el ser conocidos.

Por la mañana nos aguardaba otro espectáculo y era la vista de los cuerpos de los infelices mártires. Unos cadáveres ennegrecidos puestos encima de escaleras eran llevados al Hospital. Los más apenas tenían forma humana; los habian muerto á garrotazos como á perros. Aun me acuerdo que reconocí encima de una escalera tendido, vestido de paisano, traje que se habia puesto para poder salvar su vida, un infeliz lego trinitario, que me amaba mucho y me acariciaba siempre que iba al convento, que era todos los dias.

Al verle en aquel estado rompí á llorar y grité:

—¡Infames asesinos, que Dios os castigue!

Mi papá me tapó la boca y me metió dentro de casa, mientras en mi interior pedia para aquellos que eran la causa de tanta desgracia todos los castigos imaginables en este mundo y en el otro.

Mi buen padre hizo bien en retirarme, pues los asesinos de los frailes hubieran tambien muerto á un niño, porque el volver por los infelices religiosos era, entonces un crimen que llevaba consigo pena de muerte.

Toda mi vida me arrepentiré de la maldicion entonces profetizada por mis labios infantiles, pues la maldicion se cumplió y, para cerciorarse de ello, no hay más que leer la historia de lo pasado y fijarse en la de lo presente.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

VOCABULARIO DE CATALANISMOS

ó sea de numerosos errores en que suelen incurrir los catalanes por traducir al pié de la letra ciertas voces, locuciones y frases del lenguaje catalan, que no tienen exacta correspondencia en la lengua castellana.

Van intercalados algunos interesantes artículos sobre las principales cuestiones gramaticales que en la actualidad se agitan; á más, un conciso y claro artículo respecto al uso del acento ortográfico en catalan y castellano; y por remate, una completa lista alfabética de los artículos contenidos en la obra. Compuesto y ordenado por M. M. C.—Se halla de venta al precio de 6 reales cada ejemplar, encuadernado á la media holandesa.

DICCIONARIO (Novísimo) DE LA LENGUA CASTELLANA,

en que se halla el texto íntegro del último publicado por la Academia española, aumentado con cerca de cien mil voces y acepciones de ciencias, artes y oficios por una Sociedad de Literatos; seguido del *Diccionario de Sinónimos* de D. Pedro María de Olive, y del *Diccionario de la Rima* de D. Juan Peñalver. Un hermoso tomo en 4.º encuadernado con lomo de tafete y planas de tela, 20 pesetas.

BIBLIOTECA ECLESIASTICA DEL RDO. P. CALASANZ DE LLEVANERAS.

Comprende la **Teología moral, Dogmática, Derecho canónico, Hermenéutica sacra**, todos cuatro tomos encuadernados en un solo volumen en pasta, 4 pesetas. Tambien se venden por separado á 1 peseta en rústica, y á 1 peseta 25 céntimos encuadernados.

OBRA NUEVA

EL CHARLATANISMO SOCIAL

por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesús, obra traducida por D. José M. Carulla, director de «La Civilización.»—Véndese á 2 pesetas.

SALUDABLE DEVOCION CONTRA LA PESTE.

En forma de Cruz.—Véndese á 4 reales el ciento.

TRADUCCION DE LAS JACULATORIAS para pedir á Dios nos libre de la peste, escritas en latin por San Zacarías, Obispo de Jerusalem.—Trigésima edición. Con licencia del Ordinario.—Véndese á 2 reales docena.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.